



HILARY MANTEL

*Los fantasmas
de una vida*

DESTINO

Los fantasmas de una vida

Hilary
Mantel

Traducción de
Albert Vitó i Godina

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1616

Título original: *Giving Up the Ghost*

© Hilary Mantel, 2003

© por la traducción del inglés, Albert Vitó i Godina, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-233-6389-6

Depósito legal: B. 13.455-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE

Un segundo hogar

Es un sábado a finales de julio del año 2000 y estamos en Owl Cottage, la casita de campo que tenemos en Reepham, Norfolk. Hoy tenemos que hacer algo que intentamos posponer. Hemos de ir a ver al señor Ewing para pedirle una tasación y que nos informe de las posibilidades que tenemos de vender la propiedad. Ewing es el agente inmobiliario local, fue él quien nos vendió la casa hace siete años. A medida que la mañana se va consumiendo, buscamos cosas que hacer para no tener que hablar sobre el tema. La decisión está tomada. No hay más que hablar.

Hacia las once, percibo un titileo en la escalera. El aire está quieto y, de repente, se mueve. Levanto la cabeza y el aire se sosiega de nuevo. Sé que es el fantasma de mi padrastro bajando por la escalera. O, para expresarlo de un modo aceptable para la mayoría de la gente, «sé» que es el fantasma de mi padrastro.

No me perturba en absoluto. Estoy acostumbrada a «ver» cosas que no existen. O, para expre-

sarlo de un modo aceptable para mí misma, estoy acostumbrada a ver cosas que «no existen». Fue en esta casa donde vi a mi padrastro Jack por última vez, a principios de 1995: vivo, todavía con su envoltura de carne humana. Desde entonces han sido muchas las ocasiones en las que lo he divisado en la escalera.

Por supuesto, es posible que el titileo en el pasamanos no sea más que la advertencia de un ataque de migraña. Es en el lado izquierdo del cuerpo donde se me manifiestan las visiones; es mi ojo izquierdo el sensible. En esos momentos tan vulnerables dudo entre si veo más de lo que existe o si existen cosas que en condiciones normales no veo.

A lo largo de los años, los síntomas premonitorios de la migraña se han convertido en algo más que el peligroso enigma que eran para mí hace años, y también en más que un simple aviso de que tengo que tomarme los medicamentos que evitarán un ataque en toda regla. Se han vuelto un adorno psíquico, una floritura, una forma de arte, un talento secreto que nunca he sabido aprovechar de manera lucrativa. A veces adoptan la forma de perturbaciones visuales, comunes en mucha gente aquejada de este mal. Pequeños objetos desaparecen de mi campo de visión y se quedan flotando en lagunas del mundo con forma de rosquilla y un destello de luz donde debería estar el agujero central. A veces veo resplandores dorados en la pared: chebrones ligeros, como alas de angelitos velocísimos. La falta de sueño y de comida aumentan las

probabilidades de que se produzca uno de estos avistamientos; durante la Cuaresma, santos famélicos, hipoglucémicos y agitados veían visiones que cumplían con sus expectativas.

A veces el aura adopta formas más elaboradas. Pierdo el oído. Pierdo la capacidad de escribir las palabras que quiero. Tengo sueños extraños de los que me despierto con alucinaciones gustativas. Una vez, hace treinta años, soñé que comía abejas, y desde entonces he vivido con su sabor dulce, como el del chocolate con leche, y con su textura, que es la del hígado de ternera poco hecho. Es posible que una melodía se aloje en mi cabeza como un tic y que la letra me llegue trastabillada, de manera que me veo obligada a vivir con ese acompañamiento. Es una queja habitual, la de no poder quitarse una melodía de la cabeza. Pero para la mayoría de la gente esas melodías no son el prelude de copiosos vómitos. Además, la gente dice que se les pegan de la radio, pero las mías son canciones pasadas de moda que no se oyen desde hace años. «*Bill Bailey, won't you please come home?*» «*Some talk of Alexander, and some of Hercules.*» «*My aged father did me deny, and the name he gave me was the croppy boy.*»*

* En orden, versos de las canciones «(Won't You Come Home) Bill Bailey», compuesta por Hughie Cannon en 1902; la marcha militar «The British Grenadiers», compuesta a principios del siglo xvii, y la balada irlandesa «The Croppy Boy», compuesta en 1798. (*N. del t.*)

Hoy en día, cuando veo el fantasma, el único problema que tengo es que no hablo del todo bien. Por eso debo andarme con cuidado cuando vamos a visitar al señor Ewing, aunque al final me entiende sin problemas, y sí, recuerda haber-nos vendido la casa hace siete años, ¿de verdad hace tanto tiempo? Fueron años en los que tal vez escribí y reescribí medio millón de palabras, consumí siete mil quinientas comidas, tragué diez mil calmantes (una estimación conservadora) y Dios sabe a cuánta gente he llegado a agobiar; fueron años en los que engordaba cada vez más (cada vez más y más ancha, buscando mis propios límites): y durante las noches de esos siete años soñé, sueños que luego se borraron o cambiaron de formato: fueron años en los que, la víspera de la publicación de mi séptima novela, murió mi padrastro. Todo cuanto recuerdo de él está vinculado a casas, sueños de casas, reales o de ensueño, con habitaciones vacías, esperando a ser ocupadas: con historias ajenas, y afirmaciones ajenas: con temor y con mi negación adulta de esos temores. Pero el afecto adopta formas extrañas, al fin y al cabo. Me resulta casi insoportable vender la casa y dejarlo ahí, en la escalera.

Al atardecer, se apodera de mí un sueño migranoso. Me planta en la frente un repugnante beso de ogro.

—No te preocupes —digo mientras el ogro me succiona hasta el sueño—. Si el teléfono despierta, ya nos sonará.

Sabía que vendría la migraña desde ayer, cuando estaba en una pescadería de Norfolk, comprando alguna delicia para los gatos.

—No —dije—, el bacalao es demasiado caro para alimentar a los peces. Incluso a peces como los nuestros.

No sé muy bien cómo escribir sobre mí misma. Cualquiera estilo que elijas parece descartarse solo antes de terminar un párrafo. Me lanzaré sin más, pienso para mis adentros, extenderé las manos y diré, *c'est moi*, vete acostumbrando. Confiaré en los lectores. Eso es lo que le recomiendo a la gente que me pregunta cómo pueden llegar a publicar. Confía en los lectores, deja de dársele todo en bandeja, deja de tratarlos con condescendencia, confía en que serán al menos tan listos como tú y deja de intentar seducirlos de una vez: ¡tú, la de la fila trasera, deja de ser tan encantadora! Palabras normales sobre papel normal. Recuerda lo que dice Orwell, que la buena prosa es como el cristal de una ventana. Concéntrate en afilar la memoria y mondar tu sensibilidad. Recorta al menos un tercio de cada página que escribas. Deja de construir esas sonrisitas ridículas. Decide lo que quieres decir. Y luego dilo de la manera más directa y vigorosa que puedas. Come carne. Bebe sangre. Renuncia a tu vida social y no creas que puedes tener amistades. Levántate a altas horas de la noche, cuando reina el silencio, pínchate las yemas

de los dedos y usa la sangre como tinta, ¡eso te curará de la guasa!

Sin embargo, ¿sigo mis propios consejos? En absoluto. Guasa es mi *nom de guerre*. (No utilices expresiones extranjeras, es elitista.) Me alejo del sendero trillado de las palabras simples para adentrarme en los prados de la sonrisa extravagante; ángeles, ogros, agujeros con forma de rosquilla. Y respecto a la transparencia: las ventanas sin cortinas son un signo de pobreza, ¿no? ¿Qué te parecerían unos bonitos visillos, para poder mirar sin ser vista? ¿O unos postigos, o unas persianas? Además, la prosa de ventanal no es ninguna garantía de veracidad. A través del cristal a veces las vistas engañan, y los mejores mentirosos usan palabras simples.

O sea que ahora que escribo unas memorias discuto conmigo misma sobre cada palabra. ¿Escribo con claridad o es una claridad fingida? Me digo a mí misma: límitate a contar cómo vendiste una casa con un fantasma dentro. Pero esta historia solo puede contarse una vez y tengo que hacerlo bien. ¿Por qué el acto de escribir genera tanta ansiedad? Margaret Atwood dice: «Las palabras escritas son como las pruebas: pueden utilizarse en tu contra». Yo creía que la autobiografía era una forma de debilidad, y es posible que todavía lo piense. Pero también pienso que, si eres débil, resulta pueril fingir que eres fuerte.

La decisión de vender Owl vino con nosotros por la M25, a paso de tortuga entre el tráfico del viernes por la noche, acompañándonos por la oscuridad de los pueblos de Breckland, con sus pinos retorcidos y sus casas cerradas a cal y canto. Habíamos hecho este trayecto muchas veces, sorteando el centro de Norwich por los límites de las áreas industriales, reduciendo la velocidad en las intersecciones que hay entre las viviendas de protección oficial de West Earlham: luces encendidas tras las cortinas corridas, ni un alma en la calle. Más allá de los límites de la ciudad se terminan las farolas y la calzada se vuelve más estrecha. Sigues adentrándote en esa oscuridad iluminada solo por los ojos relucientes de los zorros y los gatos de granja, puntuada por el revoloteo de unas alas o unos pajaritos apresurados por las lindes. Algo que no se ve está comiendo. Algo está siendo devorado.

Cuando entras en Reepham, junto al muro de la iglesia, maltrecho por los golpes de vehículos demasiado largos, doblas la esquina para llegar a la plaza del mercado, vacía de coches. La luz del King's Arms todavía está encendida, las grandes puertas del Old Brewery están cerradas y sus residentes suben con discreción al piso de arriba para acostarse. Siguiendo cuesta arriba desde la plaza, aparcas en el terreno embarrado y lleno de baches que hay tras la casa de campo, descargas el coche a oscuras y casi siempre bajo la lluvia; tus botas ya conocen los charcos y las partes que más resbalan, ese único escalón oscuro y el borde del pavimento.

A veces es medianoche y es invierno, el frío le resta virtudes al haz de luz de una linterna y lo disipa hasta convertirlo en un simple fulgor inservible. Pero del mismo modo que los pies conocen el sendero, los dedos conocen las llaves. A cincuenta metros del mercado no hay contaminación lumínica, el reflujo de la ciudad no llega a palidecer el cielo; no hay roderas ni pasos. Hay la luz de las estrellas, escarcha en el suelo y mochuelos ululando en tres parroquias.

Duermes bien en esta casa, aunque, si te quedas entre semana, los camiones y tractores te despiertan al alba. Sus exudaciones revocan las ventanas que dan a la carretera con una capa grasienta de suciedad. El campo no es ni limpio ni silencioso. Durante el día, los frenos hidráulicos rechinan cada vez que un camionero se detiene a los pies de la colina, en Townsend Corner. Y el topónimo es literal, realmente marca el fin de la ciudad. Más allá de la comisaría de policía, más allá del último bungalow (es decir, a unos cuatrocientos metros), la ciudad termina y solo hay campos. La siguiente población es Kerdiston, donde una iglesia se derrumbó hace siglos. No hay nombres en las calles y, de hecho, por no haber no hay ni calles. Ni siquiera los lugareños saben muy bien dónde están. Su único residente distinguido, sir William de Kerdeston, se trasladó a Reepham una vez muerto, y sobre su tumba hay una efigie que descansa (si esa es la palabra) ataviada con una armadura completa y sobre un lecho de guijarros: tensando

los músculos de los hombros, quizá, y los de las piernas también, cuando llega el Día de Todos los Santos y los difuntos se preparan para andar sobre la Tierra.

Cuando compramos la casa de campo no tenía ni nombre ni historia. Remodelaron unos edificios que en otros tiempos tal vez fueron una casa, aunque tal vez no; lo más probable es que fuera algún tipo de almacén agrícola. En algún momento, a principios de la década de 1990, un constructor de Norwich se las arregló para que en la mediocre estructura de ladrillo rojo cupieran cuatro pisos y dos casas de campo.

Durante el invierno de 1992-1993 nos dedicamos a peinar la campiña en busca de un lugar en el que pasar los fines de semana. Fuimos hasta la costa y también hacia el interior, sin perder de vista en ningún momento el largo trayecto desde Berkshire y la necesidad de establecernos durante los fines de semana cerca de mis padres, que se habían retirado a Holt. Ataviados con nuestros Barbour y conduciendo un BMW escarlata, nuestra imagen despertaba la avidez de los agentes inmobiliarios. Se les iluminaban los ojos al vernos, aunque volvían a sumirse en su habitual velo grisáceo en cuanto compartíamos con ellos nuestro misérrimo presupuesto y nuestros elevados requisitos. No queríamos nada en estado ruinoso, nada pintoresco, nada que tuviera problemas de pudrición, por menores

que fueran. Y nada demasiado aislado, puesto que tal vez querría quedarme sola y ya tengo suficiente tendencia a aislarme, por no hablar de que soy demasiado nerviosa e irritable para conducir. Queríamos tener cerca una tienda y un pub, pero la mayoría de los pueblos de Norfolk no son más que aldeas despobladas y disgregadas cuyo centro está indicado, con un poco de suerte, por una cabina telefónica. Sea como sea, pensábamos que en algún lugar de la campiña habría un hogar para nosotros. Yo acababa de ganar un premio literario, por lo que contábamos con una aportación económica inesperada. Norfolk no estaba de moda, por aquel entonces. La gente consideraba que quedaba demasiado lejos de Londres y carecía de lo que siempre buscan los urbanitas, la infraestructura para cenar fuera de casa con un cierto nivel y alguna charcutería con encanto; había pubs en los que se servían patatas asadas en el microondas con raciones exageradas de carne con salsa, pequeñas franquicias de Woolworth en las poblaciones más pequeñas y supermercados Spar en las más grandes, aves acuáticas y largas extensiones de playas de guijarros y mar, así como amplios cielos de los que se enamoraría cualquier pintor.

A estas alturas ya conocíamos Norfolk bastante bien. La primera vez que vine fue en 1980 y me alojé en casa de unos amigos que acababan de mudarse a un pueblo de Broadland. Mi hogar estaba en África, pero mi matrimonio hacía aguas. Era una chica lánguida con una maleta (una chica ma-

yor, ya con veintiocho años) que llegó para hacer unas visitas, quedarse una temporada y luego marcharse de nuevo para terminar como siempre en casa de mis padres, que por aquel entonces todavía se hallaba en el norte. Siempre estaba subida a un tren, arrastrando el equipaje por tramos de escalera en Crewe o intentando encontrar un lugar en el que resguardarme en los andenes barridos por el viento de Nuneaton. A medida que viajaba, iba adelgazando, consumiéndome, y me volvía más miserable y más sola. Echaba de menos mi casa, mis animales, el manuscrito de la gran novela en la que había estado trabajando y dejado atrás. Echaba de menos a mi marido, pero lo que sentía por mi pasado era demasiado impenetrable, demasiado nebuloso, y para mantener así esos sentimientos a menudo empezaba y terminaba el día engullendo barbitúricos que tragaba con vasos de agua de otras casas. Cuando tomas barbitúricos, por la noche los sueños se anulan, se ennegrecen, los despertares son enfermizos y distantes y el día que tienes por delante es una orilla contemplada desde un bote que cabecea en un mar revuelto. Pero eso solo significa que necesitas otra dosis. Al cabo de una hora, te sientes mejor.

A mi anfitriona en Norfolk la había conocido en África. Su marido se había marchado de nuevo a trabajar fuera del país y no le apetecía quedarse sola en medio de la oscuridad de la campiña. Si nuestras agotadoras vidas de expatriadas no nos hubieran puesto en contacto, jamás habríamos lle-

gado a ser amigas; sea como sea, al cabo de un tiempo me di cuenta de que no lo éramos, de manera que me monté en un tren en Norwich y no volví jamás. Pero los largos trayectos en coche que hicimos por el condado, perdidas por caminos invernales, las ensaladas sosas de las cafeterías de pueblo, nuestros escauceos por cementerios descuidados y la atención que le dedicábamos a las historias que contaba la gente mayor me hicieron reflexionar mucho sobre este territorio, y me despertaron las ganas de escribir una novela ambientada allí. Al cabo de unos años fue eso lo que hice.

Llevábamos separados menos de dos años cuando mi exmarido regresó a Inglaterra, cambiado. Creo de verdad que la gente cambia; en realidad no sirve de nada creer lo contrario. Yo también había cambiado. Vivía sola. Sufría una enfermedad crónica, estaba hinchada por culpa de los esteroides y me había vuelto una cínica en el aspecto amoroso. De las dos constantes de Freud, el amor y el trabajo, ya solo me dedicaba a una; trabajaba seis días a la semana en dos empleos mal pagados, en una librería de día y tras una barra por las noches, y me levantaba de madrugada para escribir mis diarios y estabilizar mi cuerpo antes de aventurarme al mundo. Tomaba apuntes para libros que escribiría en el futuro; en esa época, en 1982, solo había publicado un relato corto. Había dejado los barbitúricos. No recuerdo con exactitud cuándo dejé de tomarlos ni lo que hice con las interminables provisiones de pastillas diminutas que guar-

daba en un gran tubo de plástico que había traído de África. ¿Los dejé cuando se terminaron? ¿Los dejé de golpe? No lo sé. En vista de lo que contaré más tarde acerca de mi memoria, esto me preocupa. Quizá las pastillas traían el olvido incorporado. Desde entonces siempre he sido adicta a algo, y suelen ser cosas para las que no existen grupos de apoyo. Los puntos y coma, por ejemplo; no puedo prescindir de ellos durante más de doscientas palabras seguidas.

Sobre si ese verano estaba en condiciones de tomar una decisión racional, ¿quién sabe? Me parecía que lo que había dejado, con mi exmarido, era más de lo que tenía la mayoría de la gente para empezar. Por eso nos casamos de nuevo, de un modo austero, en el registro civil de Maidenhead y solo con dos testigos. Era septiembre, y esa mañana me encontraba fatal, indispuesta e hinchada como si estuviera embarazada; notaba dolor tras el diafragma y de vez en cuando tenía la sensación de que algo no paraba de revolverse y arañarme por dentro, como si yo fuera un personaje de una fábula, una mujer preñada de un demonio. Nada, excepto el hecho de tener que casarme, me habría arrancado de la cama, me habría animado a vestirme y ponerme unos tacones altos para salir a la calle. El funcionario del registro fue amable y nos deseó más suerte esta vez. No hubo anillos; el tamaño de mis dedos cambiaba de semana en semana, por lo que no le vi sentido, aunque también es posible que no quisiera precipitarme a la hora de

recuperar las señales y símbolos del matrimonio. Comimos en un restaurante de Windsor, en un patio con vistas al río. Bebimos champán. Un testigo nos hizo una foto en la que aparezco con la mirada vacía como la de una calabaza de Halloween. Y así es como, por más que me sorprenda a mí misma, me he casado dos veces: las dos con el mismo hombre. Siempre pensé que era algo más propio del mundo del cine, algo que hacía la gente de pelo oxigenado que ganaba quinielas, gente desestabilizada por la buena fortuna. Creía que era inherente a los caracteres tormentosos; algo fuera del alcance de la gente prudente o constante. Aunque también es posible que sea la única opción razonable si te pasas de prudente y constante. Seguirías casándote una y otra vez con la misma persona, tantas veces como fuera necesario hasta que el matrimonio se acabara consolidando.

A mediados de enero de 1993 convertimos el Blakeney Hotel, un buque de vela entre marismas salinas, en nuestro cuartel general. Teníamos fardos enteros de datos sobre propiedades, la mayoría de ellos engañosos o directamente falsos. Durante dos días nos dedicamos a merodear por las calles tachando las casas a medida que comprobábamos su ubicación o su aspecto exterior. Yo me estaba recuperando de unas malas Navidades (bronquitis e inflamación pulmonar) y no tenía voz. Pero la voz no era necesaria, solo tenía que estar pendiente del

mapa, a pesar de la falta de luz, mientras iba identificando los rótulos descoloridos e inclinados bajo el peso de los topónimos de Norfolk. A las cinco de la tarde de un domingo, casi a oscuras, nos encontramos con el barro hasta las pantorrillas en algún lugar al este de East Dereham, a un tiro de piedra de las ruinas de una vieja iglesia y de una hilera de graneros destartados de metal corrugado, intentando encontrar un camino que llevaba hasta una triste casita de campo al término de una hilera de tristes casitas adosadas. Decidimos abandonar, nos montamos en nuestro pequeño monstruo escarlata, desconsolados, y volvimos a la M25.

Cuando regresamos, todavía con un tiempo de perros, ya había recuperado la voz y habíamos acotado más nuestra búsqueda. Durante mi estancia en casa de esa amiga de África, a menudo pasábamos por Reepham para hacer la compra y me fijaba en los largos ventanales georgianos del Old Brewery. Era un pub y un hostel, un edificio elegante de ladrillo rojo con reloj de sol y esa inscripción en latín que significa «solo cuento las horas felices». Cuando volví por allí, diez años después, Reepham tenía oficina de correos, dos carnicerías, una farmacia y una cabina telefónica; una peluquería, uno o dos anticuarios discretos, una concurrida panadería en la que se vendían vitaminas, huevos de granja y chocolate orgánico y una frutería-floristería llamada Rosa Meloncolía. Una plaza central coquetona estaba rodeada por casas de amplias ventanas y un batiburrillo de casas de campo que

descendían por Station Road. En realidad no había estación, pero en la época victoriana había habido dos, así como doce cervecerías y un mercado de ganado. También tuvo en su día tres iglesias, pero las llamas consumieron una de ellas en 1543 y nunca la reconstruyeron; la historia de la ciudad es un lento descenso hacia la impiedad y la abstinencia. Un día de enero, cuando ya vivía allí, una anciana corcovada me hizo señas desde su portal para luego mirar, a través del mercado desierto, hacia las puertas de la iglesia.

—¿Qué le parece? —me preguntó—. Hay más vida en el cementerio que en la calle, hoy.

La gente de Reepham y los pueblos de alrededor se reúnen en la oficina de correos el sábado por la mañana. Hablan sobre la lluvia, «no da ni para pegar un sello», le oí decir una vez a un hombre. Charlan sobre si han encendido la calefacción, si la han apagado, y sobre los conductores nonagenarios que recorren las calles a paso de tortuga en sus Morris Travellers. No son inhospitalarios. No te tratan como a un forastero hasta que llevas veinte años viviendo allí. De hecho, lo que ocurre es que no te hacen mucho caso. La gente que solía trabajar en el campo ahora tiene bastantes probabilidades de trabajar frente a un ordenador. No te conocen, pero tampoco les importa. Son gente que vive y deja vivir. Solían saludarse con un «¿estáis bien?», una pregunta con una inflexión característica de Norfolk, aunque ya no se dice tanto como antaño. Se encierran en sus casas pronto por Nochebuena

y cierran las puertas con llave. Dejan las manzanas que caen del árbol y las hortalizas que les sobran en cestas fuera de la casa, para que se las lleve quien quiera, y venden manojos de narcisos por pocos peniques en primavera.

Cuando fuimos a ver la casa, dentro todavía estaban los escombros que había dejado el constructor. Nos plantamos en las habitaciones aún en obras y nos las imaginamos. Imaginamos que serían nuestras. Era barata, y estaba solo a un minuto del mercado. A medianoche, salimos de la habitación que habíamos alquilado en el Old Brewery y nos acercamos a la verja: o al lugar en el que debería haber estado la verja. Queríamos verla de nuevo, en privado y en silencio. Mientras estábamos allí, enfundados en nuestros abrigo para protegernos del riguroso frío nocturno, un mochuelo ululó desde el árbol.

Más adelante encargamos una placa con la leyenda «Owl Cottage», la casa del mochuelo, con una imagen del animal. Sin embargo, el tipo acabó dibujando una lechuza delgada de color amarillo canario, con unas patas inquietantes como las de un roedor.

Es un fenómeno extraño, lo del «segundo hogar». Igual que las segundas nupcias, es algo que no había asociado jamás conmigo. Creía que era para gente rica como la que hacía subir los precios en Cotswold. Nunca me sentí culpable por Owl Cot-

tage; nunca hubo demasiada competencia para comprarla debido a lo diminuto que era el jardín trasero y al ruido del tráfico entre semana. Esperábamos que sería un primer paso hacia una mudanza permanente a Norfolk. Cuando nos metíamos en el coche, primero en el BMW y luego en sus más discretos sucesores, me imaginaba que era la última vez que hacíamos ese trayecto, como si viajáramos ya escoltando al camión de la mudanza: que nos marchábamos del sureste para siempre. Cuando jugaba a ese juego, sonreía y los hombros se me relajaban. Pero luego pegábamos un frenazo ante algún accidente o desastre en la M25 y me veía obligada a reconocer que solo era otra tensa salida de fin de semana, y que todavía teníamos que ganarnos ese cambio en nuestras vidas.

Durante un tiempo, íbamos cada dos o tres semanas y nos llevábamos a nuestros dos gatos. Cuando les abríamos el transportín salían corriendo como salvajes y entraban en todas las habitaciones, maullando y haciendo retumbar sus pasos por la escalera de madera mientras expulsaban esos demonios que solo los gatos son capaces de ver. Luego se retiraban a su cesta, agotados, y nosotros subíamos a una habitación empapelada con el amarillo pálido de los amaneceres exánimes, siendo ya mejores personas: más tranquilos, más afables. El sábado por la mañana paseábamos sin prisa por el circuito del mercado, de tienda en tienda, hablando con la gente, enviando paquetes, recogiendo mis numerosas recetas médicas y comprando carne

para llenar el congelador. Por la tarde íbamos en coche a Holt a ver a mis padres con una bolsa de bollos o un pastel, unas flores y uno o dos libros; el domingo eran mis padres los que venían a Re-ephham, y almorzábamos en el King's Arms o comíamos algo frío en casa: cangrejos de Cromer, fresas, queso Stilton. Hasta que llegaba el momento de cargar el coche y volver a casa. Formaba parte de la rutina notar un leve dolor tras las costillas mientras nos marchábamos. Solo cuento las horas felices.

Mi madre era una mujer menuda y elegante, con una melena corta y desigual de color platino. Solía vestir vaqueros y jerséis de colores absurdos, pero todo lo que se ponía parecía diseñado y premeditado; desde que la conocí, desde que fui capaz de verla con claridad por primera vez, esa fue su virtud. Mi padrastro era unos años más joven que ella, pero tras un bypass coronario su cuerpo bronceado y musculoso parecía exangüe. Nunca lo habría asociado con la palabra «débil», pero me di cuenta de cómo su camisa preferida, suave y desgastada, le quedaba pegada a las costillas y cómo sus piernas parecían constar solo de los pantalones sostenidos por simples palos articulados. Siempre había dibujado, y al final se aficionó a las acuarelas para intentar plasmar sobre papel los turbulentos y variables colores de la costa; antes no habría sido capaz de tolerar los juegos de luz y las ambigüedades. La pasión lo había consumido, y la ira también; nunca recibió ayuda de nadie, no tuvo dinero

cuando tener dinero era importante, y vivía crónicamente exasperado por la desfachatez y la perversidad que reina en el mundo. Era honesto por naturaleza; y las personas honestas, en este mundo, se hacen la vida imposible. Era ingeniero. Escribía con una letra diminuta y pulcra, una letra de ingeniero, y tenía la mente sometida a la disciplina, aunque dentro del pecho el corazón no paraba de darle vuelcos, como una avispa atrapada en un vaso invertido.

Yo debía de tener seis o siete años cuando Jack entró en mi vida por primera vez. Durante todo ese tiempo nunca mantuvimos una sola conversación decente. Me daba la sensación de que nada de lo que pudiera decir podría interesarle; todavía hoy no sé qué sentía mi padrastro. A ninguno de los dos se nos daba bien eso de hablar por hablar. Por mi parte, me ponía tensa, como si esa charla intrascendente contuviera significados ocultos, y por su parte..., por su parte no lo sé. Mi madre creía que no nos llevábamos bien porque éramos demasiado parecidos, pero yo prefería la explicación más evidente de que no nos llevábamos bien porque éramos demasiado distintos.

No obstante, esa situación empezó a cambiar. Desde que lo operaron del corazón, Jack pasó a mostrarse más abierto y flexible que nunca. Se convirtió en una persona más paciente, más estable, menos taciturno: por eso yo, en su presencia, también bajé la guardia y empecé a ser más adulta, más habladora. Me di cuenta de que le entretenían

mis historias sobre los comités de escritores de Londres; él también había asistido a comités antes de su jubilación forzosa, y estábamos de acuerdo en que, más allá de su finalidad aparente, todos los comités se comportaban de un modo semejante y valía la pena confiarles los asuntos. Aquella última tarde, un día radiante de finales de marzo, me quedé atrás mientras cruzábamos el mercado, de manera que mi marido y mi madre se adelantaron y tuve un momento para hacerle algún comentario que sabía que solo le gustaría a él. Pensé, esto no lo había hecho nunca: nunca me había quedado atrás, nunca le había esperado.

Parecía cansado, cuando llegamos a casa después de comer. Una de las gatas, la atigrada, solía provocarlo para jugar con él en la escalera. Hasta hacía poco él detestaba los gatos, los criticaba como un inquisidor; afirmaba que incluso le daba asco tocarlos. Pero esa animalita, con sus propias fobias estrafalarias y temblando de miedo tras sus ojos de mazapán, levantaba la patita hacia él para invitarlo a que la tocara; y él se sentía obligado a hacerlo, a veces convencido por unos maullidos que podían llegar a prolongarse durante diez minutos seguidos mientras lo tocaba y retrocedía, huía y volvía a buscarlo.

Ese último domingo, cuando la gata tomó posiciones y lo invitó a iniciar el juego, él se quedó en el sofá, sonriéndole y asintiendo. Pensé que tal vez estaba incubando algo: ¿la gripe? Sin embargo, era la muerte, lo que incubaba, y llegó de repente

para llevárselo de un modo zafio y grosero, entrando por la fuerza en la casa en una noche de abril, dos o tres horas antes del amanecer. Vino el médico, y también una ambulancia, pero la muerte se les había anticipado, había plantado sus pies sobre la alfombra y dejó sus sucias huellas en la funda de la almohada. Hicieron todo lo que pudieron, pero si hubieran hecho menos tampoco se habría notado. Cuando todo quedó firmado y certificado, dijo mi madre, y los hombres se hubieron marchado, ella le lavó la cara. Se sentó junto al cadáver y, puesto que no tenía a nadie con quien hablar, le cantó en voz baja: «¿Qué significa para mí / esta ciudad tan triste? / Robin no está aquí / y es él a quien quería ver, / es él a quien quería oír...».

Solía cantarme esa canción cuando era pequeña: la melodía está sobresaturada de anhelo, de la añoranza provocada por un amor perdido. Más o menos a las seis de la mañana se sentó junto al teléfono, pero sus tres hijos estaban durmiendo, por lo que solo recibió educadas invitaciones a dejar un mensaje de los que no se pueden dejar. Y nosotros seguimos durmiendo. «¿Dónde están el júbilo y la alegría / que la tierra en el cielo convertía? / Se han marchado contigo, / Robin Adare.» Fue más o menos a las siete cuando, por fin, uno de mis hermanos cogió el teléfono.

Llegas a este lugar en la mediana edad. No sabes cómo has llegado hasta aquí, pero de repente te

enfrentas a los cincuenta. Cuando te das la vuelta y miras atrás vislumbras los fantasmas de otras vidas que podrías haber vivido. Todas tus casas están encantadas por la persona que podrías haber sido. Los espectros y los espíritus se arrastran bajo las alfombras, entre los pliegues y tramas de las cortinas, merodean por los roperos y se tienden en el fondo de los cajones. Piensas en los hijos que podrías haber tenido y no tuviste. Cuando la partera dice «es un niño», ¿adónde va a parar la niña? Cuando piensas que estás embarazada y no lo estás, ¿qué ocurre con el bebé que ya se ha formado en tu mente? Lo dejas archivado en un cajón de tu conciencia, como un relato corto inacabado que al cabo de pocas líneas supiste que no iba a ninguna parte.

En febrero del 2002, mi madrina Maggie se puso enferma y las visitas al hospital me obligaron a regresar a mi pueblo natal. Murió tras una breve enfermedad a la edad de casi noventa y cinco años, y tuve que volver de nuevo para asistir a su funeral. Había vuelto varias veces a lo largo de los años, pero en esa ocasión tuve que seguir una ruta concreta: por la calle sinuosa que había entre los setos y el muro de piedra, y luego subir por un sendero sin asfaltar al que, cuando yo era pequeña, la gente llamaba «el camino de carro». Ese camino sube por una cuesta hasta la vieja escuela, ahora en desuso; luego hasta el convento, en el que ya no quedan monjas, y finalmente hasta la iglesia. Cuando era una niña este era mi recorrido diario, una vez

por la mañana para ir a la escuela y otra después del almuerzo. Siguiendo de nuevo esa ruta ya como adulta y vestida de negro para el funeral, sentí una opresión poderosa y familiar. Justo antes de la intersección de la carretera con el camino de carro me sentí superada por el miedo y la angustia. Miré de reojo, atemorizada, hacia la vegetación fría y húmeda, hacia las marañas de helechos: quería decir, alto, no sigamos. Recuerdo cómo, cuando era niña, solía pensar en salir corriendo de nuevo hacia la seguridad (relativa) de mi hogar. El punto en el que el miedo me superaba era cuando no había vuelta atrás.

Cada mes, desde los siete años hasta que me marché con once, subíamos la colina en fila india hasta la iglesia para confesarnos y para que nos perdonaran los pecados. Salía de allí sintiéndome, como es de esperar, limpia y liviana. Ese periodo de gracia nunca duraba más allá de los cinco minutos que tardaba en entrar de nuevo en el edificio de la escuela. Más o menos a los cuatro años había empezado a creer que había hecho algo malo. La confesión no afectaba a algún tipo de pecado esencial. Había algo en mi interior para lo que no había remedio ni redención posible. En la escuela la censura era constante, destrozaban de forma sistemática cualquier atisbo de espontaneidad. Nos imponían reglas que jamás habían sido articuladas, y que cambiaban en cuanto creías que por fin las habías aprendido. Desde la primera clase del primer día, fui consciente de que tenía que resistirme

a lo que me encontrara allí. Cuando conocí a mis compañeros de clase y oí la tonada de aire tirolés («Buenos dí-i-as, señorita Simpson»), pensé que me encontraba rodeada de lunáticos; y las maestras, malignas y estúpidas, me parecían las guardianas de esos lunáticos. Sabía que no tenía que sucumbir ante ellas. Que no debía responder a sus preguntas sin respuesta, o que las guardianas las formulaban solo para divertirse y pasar el rato. Que no debía aceptar que las cosas estaban fuera de mi capacidad de comprensión solo porque me lo hubieran dicho; tenía que seguir intentando entenderlas. Y así empezó un estado de lucha interna. El gasto de energía que requería mantener tus ideas intactas era extraordinario. Pero si no hacías al menos ese esfuerzo, te aniquilaban.

Antes de ir a la escuela, hubo un tiempo en el que fui feliz, y quiero dejar por escrito lo que recuerdo de esa época. La historia de mi infancia es una frase complicada que siempre intento terminar, terminarla y dejarla atrás. Se resiste a que la termine, y en parte es porque las palabras no bastan; mi primer mundo era sinestésico, y estoy poseída por los fantasmas de mis impresiones sensoriales, que resurgen cuando intento escribir y se desvanecen entre las líneas.

Nos enseñan a recelar de nuestros primeros recuerdos. A veces los psicólogos falsifican fotografías para que la persona en cuestión, durante la infancia, aparezca en un escenario desconocido, en lugares o en compañía de gente a la que jamás ha

visto en la vida real. Los sujetos al principio se asombran, pero luego (de un modo proporcional a sus ganas de complacer), acceden a fabricar un «recuerdo» que cubra esa experiencia que nunca tuvieron en realidad. No sé qué demuestra eso más allá de que algunos psicólogos pueden llegar a ser muy persuasivos, ciertos sujetos muy imaginativos y de que se nos invita a confiar en lo que percibimos por los sentidos, y nosotros, en efecto, nos dejamos llevar: confiamos en la prueba objetiva de la fotografía, no en nuestra perplejidad subjetiva. Es un truco, no es ciencia; se trata de nuestro presente, no de nuestro pasado. Aunque mis primeros recuerdos son dispersos, creo que no son ninguna confabulación, al menos no del todo, y lo creo por su abrumador poder sensorial; porque son completos y no formulaciones aproximadas, surgidas de generalizaciones sobre los sujetos engatusados por una fotografía. Cuando digo que «noté el sabor», lo noto, y cuando digo que «oí algo», lo oigo: no hablo sobre un momento proustiano, sino sobre una filmación proustiana. Cualquiera puede proyectar esos noticiarios cinematográficos antiguos, con un poco de preparación, con un poco de práctica; quizá resulte más sencillo para quien se dedica a escribir que para la mayoría de la gente, pero tampoco estoy muy segura de ello. Tampoco me atrevería a afirmar que no importa lo que recuerdas, sino lo que crees recordar. Yo invierto en precisión; jamás diría «no importa, ya es historia». Por otro lado, sé que un niño pequeño percibe el

tiempo de un modo extraño, de manera que un año parece una década y todo el mundo por encima de los diez años parece adulto y de la misma edad; así pues, pese a estar segura de lo que ocurrió, no estoy tan segura de la secuencia y de la cronología de los hechos. Asimismo, sé que cuando en una familia se impone el secretismo los recuerdos empiezan a distorsionarse, porque sus miembros confabulan para cubrir las lagunas de los hechos; tienes que encontrar algún sentido a lo que ocurre a tu alrededor, así que improvisas una narración lo mejor que puedes. Añades cosas y razones al respecto, y las distorsiones engendran más distorsiones.

Aun así, creo que la gente es capaz de recordar: un rostro, un perfume: una o dos cosas ciertas. Los médicos solían decir que los bebés no sentían dolor; ahora sabemos que se equivocaban. Nacimos con sensibilidad; tal vez incluso nos conciben así. Parte de nuestra dificultad para confiar en nosotros mismos consiste en que cuando hablamos sobre los recuerdos tendemos a utilizar metáforas geológicas. Hablamos de las partes enterradas de nuestro pasado y asumimos que las más lejanas en el tiempo son las más inaccesibles: que hay que emprender una prospección para encontrarlas con la ayuda de un profesional de la hipnosis o un psicoterapeuta. No creo que los recuerdos funcionen de ese modo: creo más bien que se asemejan al «santuario amplio y sin fronteras» que describe san Agustín. O una gran llanura, una estepa, en la

que todos los recuerdos se disponen uno junto al otro, a la misma profundidad, como las semillas en la tierra.

Hay un color de pintura que al parecer ya no existe, un pigmento característico de mi infancia. Es un carmesí atenuado, empapado por la lluvia, como el de la sangre seca. Lo veías en las puertas de paneles de las casas, y en los marcos de las ventanas de guillotina, en las verjas de los molinos y en esos altos portales de los pasajes entre las tiendas, por los que podías acceder a los patios traseros. Todavía se puede ver en los edificios más tiznados y desvencijados, en los que la limpieza por abrasión aún no ha descubierto el color miel en la piedra ennegrecida por el hollín: se puede detectar algún rastro, algún rasguño. Los restauradores de grandes casas utilizan vestigios de pintura para identificar la paleta de colores original de los salones antiguos, salas de estar y huecos de escalera. Yo utilizo esos vestigios de pintura (digamos que del color de la sangre de buey) para renovar las estancias de mi infancia: luego fueron verde oscuro, crema y, más adelante, de un amarillo turbio que desaparecía a la altura de los hombros, como las secuelas de un incendio.